

Coordenadas iniciales de la cultura.

Se plantean a la Historia, en su carácter actualista de ciencia, igual que a la generalidad de las disciplinas modernas, muy interesantes problemas, cuya dilucidación, objeto del afán de los estudiosos, se va realizando paulatinamente.

Entre estas incógnitas, las más apasionantes, son, indudablemente, las que se refieren a los orígenes. La génesis de variedades étnicas, estados y culturas es el descubrimiento imprescindible para el conocimiento y explicación integral de los procesos históricos.

Ampliado el campo del pasado humano, sobre todo en las últimas dos décadas, por importantes hallazgos, muchas viejas interrogaciones han obtenido respuesta. Se ha definido, por ejemplo, la procedencia de los Etruscos, en el sentido de su origen asiático. Las excavaciones de Ras Shamra, puerto cosmopolita del Asia Mediterránea, donde han aparecido tabletas escritas con los caracteres usados más tarde por los Tirrenos, aclaran la cuestión. Igualmente, los veneros arqueológicos del Penjab y Beluchistán han probado las vinculaciones de las culturas Sumeria y Drávida, cual las investigaciones llevadas a cabo en Malasia y la China han revelado las similitudes del pitecántropus erectus y del

sinántropus, así como su efectiva condición humana. Sin embargo, quedan innumerables arcanos. El origen de la especie humana, de los habitantes de América, el misterio de la Isla de Pascua, la desaparición de la raza de Neanderthal, las lagunas raciales en la prehistoria europea, la clasificación étnica de Bascos y Egeos con tópicos alucinantes para los investigadores.

En las líneas siguientes nos referimos a uno de estos problemas históricos de orden capital. El origen de la primera cultura propiamente dicha. Es decir, el momento en que el hombre sale del primitivismo inicial, que imprime a su acción y a su existencia un nuevo sentido, cuando surgen la agricultura, la ganadería, la metalurgia, los grandes poblados, la organización estatal o, por lo menos, citadina, la definitiva división del trabajo y se esboza la escritura.

Este trascendental proceso humano va siendo circunscrito a límites precisos en el tiempo y en el espacio. Respecto a la primera coordenada o abscisa, tenemos una adelantada aproximación. Es un hecho irrefutable que en el 10,000 a. de J. C., el grupo humano más culturizado que vivía entonces sobre la Tierra se encontraba aún en el Neolítico bárbaro y que, en el 4,000 anterior a nuestra era, ya existía la Civilización. Todavía es posible una mayor reducción. Si nos atenemos a los últimos descubrimientos, pueblos sedentarios, evidentemente ya culturizados, se encuentran en el 6,000 a. de J. C., pero esta cultura incipiente no puede remontarse mucho tiempo atrás. Luego si tomamos como máximun y mínimun, respectivamente, el 8,000 y el 6,000 anteriores al nacimiento de Jesús, seguramente estamos en lo cierto. A este particular, pues, el problema está casi resuelto. Dos mil años, por una parte, pueden considerarse como un instante histórico en relación a la vida de la humanidad y, por otra debemos tener presente que la apa-

rición de la Cultura no ha sido un acontecimiento súbito sino un proceso formativo.

En lo que se refiere a la otra coordenada, el espacio también nos acercamos a la solución, situándonos, por ahora, dentro de confines precisos. Los investigadores reconocen como tierra natal de la Cultura y esperan esclarecer en ella su progresión creadora, la zona donde la tradición también coloca la aparición del hombre, en que igualmente surgieron los primeros grandes imperios, la región del Asia anterior, comprendida entre las grandes cordilleras que llegan hasta el Turquestán y el Irán, el Golfo Pérsico, el desierto de Arabia, el Mediterráneo, el Mar Negro, los montes Cáucaso y el Caspio. Este resultado lo obtendremos fácilmente por eliminación.

Comencemos por nuestro Continente. ¿Ha sido América la cuna de la primera gran cultura humana? Ante todo, debemos preguntar ¿Ha existido una cultura propiamente dicha en el Nuevo Mundo? No vamos a responder negativamente porque Lewis Morgan, en su escala evolutiva, coloca a los más adelantados de nuestros aborígenes precolombinos en el estadio de la Barbarie Media, es decir dos peldaños abajo de la Civilización. Se fundaba en que no conocieron el hierro y, según el saber de la época en que se escribió "La Sociedad Primitiva", tampoco la escritura.

Sin duda no hubo en América una gran cultura. Grandes culturas humanas solamente se pueden llamar la del Antiguo Oriente, la Clásica, la Occidental, la Bizantina, la Islámica, La Indostana y la China. Mas, si es evidente que Mayas y Yucatecas, Toltecas y Aztecas, Aymarás, Quechuas y Yungas habían surgido del primitivismo espiritual muchos siglos antes del Descubrimiento. Gobineau, desde 1850, en su esbozo clasificatorio de las culturas humanas, considera tres grupos americanos, el Alegánico, el Mejica-

no y el Andino. Spengler coloca entre sus ocho organismos culturales al Mejicano. Toynbee, que ha realizado el más importante estudio cultural de carácter histórico hasta el presente, considera entre sus diecinueve Sociedades o Civilizaciones, verdaderamente influyentes en el desarrollo espiritual y material de la especie humana, a las Maya, Yucateca, Mejicana y Andina. Sin embargo, a nadie se le ocurriría sostener que si en América se presentan manifestaciones efectivas de adelanto cultural, como los caracteres calculiformes o la organización estatal incásica, sean éstas anteriores a nuestra era.

Descartado el Nuevo Continente, no merece debatirse el punto con relación a la Oceanía. Sin embargo, hay que aclarar que no todas las islas de los Mares del Sur fueron pobladas por razas atrasadas. En ella se encuentran dos grupos étnicos, uno negroide y otro de color claro, dolicocefalo, que es el polinésico. En el limbo oriental de este mundo oceánico se estaba gestando una cultura cuando llegaron las naves europeas. Los Polinesios crearon una ciencia náutica elemental. Poseían verdaderas cartas marinas, con indicación de vientos y corrientes, que les sirvieron para sus dilatadas expediciones.

A pesar de ésta y otras manifestaciones, no era todavía la civilización y, para mayor abundamiento, se considera que este pueblo llegó a sus actuales archipiélagos alrededor del año 500 antes de Jesucristo.

Salvo la región mediterránea, no puede hablarse de civilizaciones en el Africa. Los Amáricos de Abisinia apenas entran en contacto con un medio culto en los tiempos de Salomón. Es patente que el Continente Negro nada efectivo ha aportado al progreso humano. El mismo Frobenius, auscultador y propagandista del espíritu africano, solamente puede referirse a manifestaciones primitivas. Anker-

mann, Van Buick y otros etnólogos de la escuela Histórico-cultural no han hallado círculo de cultura más elevado, en esa parte del Mundo, que el Sudanés, perteneciente a la mentalidad prehistórica.

En cuanto a Europa, bien sabemos que no cabe referirse a culturas en su suelo antes que los Etruscos llegasen a la Toscana, alrededor del año 1,000 a. de J. C. y si en la Grecia Continental tenemos, en verdad, desde tiempo anterior, el Micénico, esta civilización, surgida de la Egea, no tiene, por consiguiente la originalidad buscada.

Nos queda, pues, solamente el Asia y una faja africana. En nuestro camino de circunscribir el problema, pondremos de lado, de inmediato, todo el Norte asiático. Las estepas septentrionales al Cáucaso, al Mar Cáspido y a las cumbres del Pamir y del Himalaya son aún habitadas por nómades. No quiere decirse que estos grupos pastorales no sean capaces de crear una cultura, como hasta hace poco se juzgaba. Importantes descubrimientos, entre otros los de Koslov han probado la existencia de originalidades culturales nómades. Se menciona el arte escito-sármata, como las leyes tártaras al mismo tiempo que se van conociendo las influencias del autóctonismo artístico de las hordas arias y mongolas de las llanuras en la orfebrería Occidental y la magnificencia Sasánida. Con todo, estos brotes civilizados no son antecesores de nuestra era.

Otra gran porción del Continente Amarillo que nos vemos obligado a eliminar es la China. Los eruditos del Imperio Celeste ilusionaron un momento a los estudiosos de la Europa con la afirmación de una antigüedad remotísima de su cultura. No prosperó esta explosión de la vanidad nacional y del inveterado respeto por los antepasados. Se ha certificado que las historias chinas carecen de cronología. En tanto la arqueología, la ciencia que repone los hechos his-

tóricos en su verdadero lugar y fecha, nos demuestra que las oleadas mongolas entraron a los valles de los ríos Amarillo y Azul alrededor de 3,000 a. de J. C. Los Tres Augustos y los Cinco Emperadores son personajes míticos. Las remotas dinastías Hia y Yin, de haber existido, reinaron después del 2,000 a. de J. C. y la primera casa imperial verdaderamente histórica, Los Tcheu, provienen del 1,100 antes de la era actual. La cultura china arcaica, interesantísima por sus peculiaridades, no puede ser más vieja que esta familia.

En la Indochina se ha hallado la sugestiva cultura Kmer, de la cual es una muestra imponente el templo de Angkor, pero esta civilización, de procedencia Indostana, es de nuestra era.

El subcontinente de la India va siendo ya conocido en su remota historia. Los Drávidas que habitaron los valles clásicos de este país, poseyeron una cultura muy antigua, pero que no fué sino una proyección de la Sumeria. La región del Indo, desde el año 3,000 a. de J. C., en que se civiliza, ha sido una colonia cultural de la Baja Mesopotamia. No a otra certidumbre conduce las exploraciones arqueológicas que se vienen realizando y que fueron iniciadas brillantemente con los descubrimientos, tan vulgarizados en el mundo histórico, de Mohenjo Daro y Harappa. Con ser, pues, la India más vieja, culturalmente hablando, que la China, no puede remontar sus testimonios de civilización a más del 3,000 a. de J. C.

Hemos circunvalado ya la zona en que se sitúa, con verdadero motivo, el nacimiento de la civilización. Volvemos a la Fértil Medialuna del Oriente Antiguo de Moret, a la estepa Afrasiana, vale decir a los actuales Egipto y Asia Anterior. Una vez aquí, nos resta todavía precisar la comarca afortunada de esta génesis cultural.

Hay una tesis egipcia y otra mesopotámica sobre procedencia en el progreso humano. Nadie duda que los Camitas comenzaron, por sí solos, una laboriosa acción en el valle del Nilo. Desbravaron las malezas, encauzaron el gran río y aprovecharon inteligentemente sus inundaciones, pero también está probado que el definitivo esfuerzo civilizador en ese país lo realizaron hombres venidos del Asia. Se les ha llamado los Shensu-Hor, los Adoradores de Horus. Invadieron el Delta, se impusieron, más tarde, a los reyes del Gorro Blanco del Valle y unificaron la nación de los cuarenticuatro nomos. Menos, se presume, fué un caudillo de esta raza. Mas los Shensu-Hor no son sino una rama del tronco Semita y los Semitas adquirieron su cultura de los Sumerios o cualquier otro grupo étnico Asiánico. Luego, entonces, cuando los Shensu-Hor vinieron a unificar, o mejor, a civilizar el Egipto, ya existían seculares culturas en el Asia inmediata.

Nos encontramos, en definitiva, con la sola región del Asia del Sudoeste con Mesopotamia, Asiria, el Irán, la parte Sur del Turquestán, Asia Menor, Siria, Palestina y Norte de Arabia, para ubicar el cruce de coordenadas que buscamos.

El tema, en este punto, se desplaza, por un momento, del campo geográfico al etnológico. En el área indicada nos hallamos, en ese tiempo, con dos razas: la Semita y la Asiánica, siempre que no tomemos en cuenta al pueblo Elamita, que, como veremos, también merece ser citado. El referirse a la Asiánica, en el sentido de una familia étnica homogénea, tal vez sea adelantarse a una certeza histórica. Es un hecho, sin embargo, que entonces habitó esa parte del Asia un pueblo diferente al Semita, que no tiene tampoco afinidades antropológicas o filológicas con los Arios, Camitas o Mongoles. Algunos le han supuesto vinculación con



estos últimos, pero no hay dato, ni sospecha de que esto sea verídico.

Hombres de raza Asiática fueron los Sumerios, los Pre-hetitas y los Drávidas, siendo los segundos los ocupantes de la meseta de Anatolia y, en general, de toda el Asia Menor, cuando, en el Tercer Milenio antes de Cristo, llegaron los Arios Hetitas a esa región. Muy poco se sabe sobre los Pre-hetitas. Apenas que fueron sojuzgados por los Hetitas, quienes fundaron un régimen feudal, transformando en siervos a los autóctonos, pero que éstos, los absorbieron espiritualmente, imponiéndoles su cultura y religión. Por eso en el Imperio Hetita se perciben al lado de las divinidades arianas, otras comunes a la Siria y Mesopotamia, así como el uso de la escritura cuneiforme y la perduración de un idioma que no es indo-europeo.

Los Drávidas, de cuya cultura hemos tratado, son mejor conocidos.

En cambio, bastante se ha investigado respecto a los Sumerios y el estudio de todo lo concerniente a ellos preocupa intensamente a la ciencia histórica. Sin embargo, el lugar de su procedencia, la época en que llegaron a la Mesopotamia del Sur, sus posibles entroncamientos étnicos son misterios aún no aclarados y en cuya descifración trabajan varias expediciones. Los Sumerios constituyen, en suma, el problema cumbre de la Arqueología Oriental.

Este interés es explicable puesto que se les considera los creadores de la civilización humana. Sin embargo, el debate no está definitivamente resuelto a su favor. Pareció un hecho concluyente cuando Woolley descubrió las famosas tumbas reales de Ur, donde se sacaron a la luz las mejores expresiones de la cultura Sumeria, en una época que la cronología más corta coloca por el 3,200 a. de J. C. Allí se reveló que, junto con los príncipes y las hierofantas, des-

posadas de los dioses, se enterraban sus servidores, en número que en uno de los recintos funerarios llegó a más de sesenta personas. Camareros, guardias de corps, palafreneros, músicos de cámara, filas de soldados. Se hallaron carros tirados por bueyes, armas de bronce, vasos de metal, arpas y liras. Sobre todo, llamaron la atención las obras de orfebrería. Una finísima barca de plata y varios cubiletes de oro dan una impresión definitiva. Los Sumerios trabajaron el oro, la plata y el bronce con una maestría que sólo muchas centurias más tarde alcanzaron el Egipto y Creta.

Los descubrimientos que después han tenido lugar y que se refieren a época anterior, no han contribuido, por desgracia, a aclarar el pasado sumerio, aunque sí contribuyen al conocimiento de los orígenes de la cultura, destruyendo, si no la tesis de su elaboración por este pueblo, por lo menos la de su eclosión en la Baja Mesopotamia.

Los hallazgos correspondientes a principios del cuarto milenio, así como del quinto, nos ponen en presencia de una cultura muy superficialmente. Es la que se denomina la primera cultura de Susa o de Anau. Se han encontrado sus manifestaciones en Tell -el- Obeid, cerca de Ur, en la Mesopotamia Súmera; en Susa, al Sur de Persia; en Dangan, lugar próximo al actual Teherán y en Anau, al Sur del Turquestán. Los hombres que la poseían conocieron ya el trabajo agrícola y la domesticidad de los animales. Se distingue por la cerámica hecha a mano, de factura fina, colores diversos y adornos geométricos.

Otras excavaciones, referentes a los Sumerios y a los comienzos del cuarto milenio, como las realizadas por el doctor Frackfort del Instituto Oriental de la Universidad de Chicago, nada importante han revelado. Salvo que entonces su culto principal estaba dedicada a Abú, dios de la

fecundidad y un dato desconcertante sobre el uso de la barba. Hasta ese momento era un postulado para los arqueólogos de la Baja Mesopotamia, que los tipos barbados eran Semitas y Sumeros los imberbes, pero Frankfort ha encontrado tipos inequívocamente Sumerios con ese aditamento capilar. Se juzga que la barba era signo de distinción, muy poco usado.

Lo cierto es que Sumerios y Semitas han convivido durante veinte siglos, por lo menos, en esa zona, hasta que los segundos se impusieron políticamente a los primeros, hecho que la Historia constata como definitivo en el año 2,000 a. de J. C. Si los descubrimientos recientes nos prueban la existencia de Sumerios civilizados en la Baja Mesopotamia, en el 4,000 a. de J. C., también en esa época, más al Norte, en Kich, aparece un reino semita de cultura, al parecer, similar. Sin embargo, hay muchos testimonios que afirman incontrovertiblemente la tesis de la precedencia sumeria en el progreso. Los Sumerios fueron para los Semitas, lo que los Romanos de la decadencia con los Germanos del *Völkerwanderung* del siglo IV, es decir, los civilizadores y aunque hayan representado también el rol de pueblo vencido impusieron su cultura a los invasores. El Sumerio desempeñó en la Caldea el mismo papel que el Latín en el Occidente moderno, fué la lengua sacra y sabia. La escritura cuneiforme ha sido invención de los Sumerios, como la numeración sexagesimal y la notación de posición de las cantidades. La joya de la literatura mesopotámica, el épico Gilgamesh, es una producción sumeria y fué también creación de esta extraña nación la abundante mitología que perdura en esa comarca a pesar de la tendencia sincretista semita.

Otro pueblo, también civilizado, que coexiste con los Sumerios en las orillas del Golfo Pérsico, en el año 4,000 a.

de J.C., es el Elamita. Se llama Elam la parte Sur de la meseta del Irán. Los Elamitas constituyen un interrogante tan sugestivo como el Sumerio. Fué un pueblo negroide, de procedencia ignorada y sin cercanas vinculaciones raciales. Se les cree emparentados con los grupos oscuros pre-drávidas, cingaleses y melanesios. Se ha comprobado que poseían una cultura tan adelantada como la Sumeria en los comienzos del cuarto milenio. La cerámica Susiana, en la cual se reconocen un primer y un segundo períodos, es de notable manufactura. ¿Fuéron los Elamitas antecesores culturales de los Sumerios? Cabe asegurar que no. El foco cultural mesopotámico siempre aparece más rico e importante, su avance es más rápido, muchas manifestaciones de la civilización elamita, entre otras sus caracteres escriturarios, son de origen sumerio. Los Elamitas, como los Drávidas, se beneficiaron con el progreso súmero.

Es de otro lado donde aparece en este instante una nueva luz que amenaza destruir la hipótesis de que la revolución cultural que dió al hombre el control de sus propios elementos, por el cultivo de las plantas y la domesticación de los animales, haciendo posible la germinación del primer brote civilizado, haya ocurrido, como tan firmemente se creyó en los últimos tiempos, en la Mesopotamia del Sur, en la tierra de Sumer o País del Mar.

Se trata de las excavaciones realizadas en Tepé Gawra, cerca de Mosul, en el territorio de la antigua Asiria, en una colina artificial, de más de 30 metros de alto, formada por veintiséis sucesivas capas de habitaciones humanas, correspondientes a otros tantos niveles culturales diferentes. Desde el primero al décimo quinto estrato nada nuevo se ha hallado que no tenga relación con las civilizaciones antiguas de Sumeria y, por tanto, que no fuera conocido, pero a partir de este plano surgieron datos sorprendentes. Una pobla-

ción con calles trazadas, edificios de adobe de tamaño monumental, fina alfarería soberbiamente pintada con tonos policromos, sellos y amuletos grabados en piedra, entre ellos uno con la Svastika, así como instrumentos neolíticos de obsidiana. Todo revela un alto grado cultural alcanzado por sus habitantes. Los primeros niveles de Tepé Gawra se estima que datan del 6,000 a 5,000 a. de J. C. Se presume, igualmente, que en la época en que se desenvolvían estas culturas el territorio de la Sumeria histórica se estaba aún formando por los aluviones del Eufrates y el Tigris. Los descubrimientos de Tepé Gawra se conectan con otros realizados en Arpachiya, en la misma Asiria y en Chagar Bazar y en Judeideh, lugares de Siria.

Las conclusiones obtenidas serían, en cuanto a la coordenada tiempo, que en el sexto milenio antes de Cristo ya existía una Cultura, en la acepción avanzada del vocablo y, en lo que respecta al espacio, se puede reconocer como zona cubierta por esa civilización alboreal, de inmediato, una que se extendería desde la comarca oriental del Tigris por el Este, hasta poco más allá del Eufrates al Oeste, limitando al Norte con la Armenia y al Sur con la Caldea, aunque los descubrimientos de Anau, Dangan y Susa nos inducen a ser más prudentes y a sostener que la región sindicada como cuna del actual adelanto humano es hoy todavía más dilatada, pues abarcaría también la meseta del Irán y el Sur del Turquestán, es decir sería el trapecio terrestre formado entre los meridianos de los 40 y 45 grados de longitud Este y los paralelos de los 35 y 40 grados de latitud Norte. ¿Han sido los Sumerios, más tarde emigrados al Sur de Mesopotamia, quienes crearon y poseyeron tal cultura? La mayoría de los orientalistas seguramente diría que sí.

TEODOSIO CABADA.